

VELAS*

Priscila Palomares**

No siento mariposas cuando lo veo, siento que unas hormigas me muerden los pies y me quedo tiesa. Tampoco es el primero que me gusta pero nunca había sentido algo así. Y es que siempre he sentido que soy más inteligente que los niños. Mi mamá me lo repitió varias veces *las niñas maduran antes que los niños* y tiene razón, por eso aprendí a gatear y a hablar antes que mi gemelo, Miguel.

Y la verdad es que sí, Miguel es un inmaduro. Hoy fuimos a Puerta de Fe, la tienda favorita de mamá donde nunca compra nada, solo va a ver, y Miguel se enojó conmigo porque no le quise compartir de mis hostias de colores. Me insistió que le diera, le contesté que no y me empujó contra una repisa llena de velas en oferta. En total quebramos siete velas y mi mamá se enojó porque tuvo que usar el dinero de la despensa para pagarlas.

—Chingadamadre me van a dejar sin dinero.

Nos regañó mientras caminamos de regreso a casa. Pero en realidad, lo que dice mamá no es cierto porque desde que corrió a papá de la casa el que nos da dinero para la comida es Joel, su novio. No sé ni por qué

* Este cuento resultó ganador del primer lugar en el certamen Palabras que Cuentan 2016.

** Priscila Palomares (Monterrey, 1994) es escritora. Se especializa en género y no discriminación. Es maestra en Derecho por la UNAM. En 2017, ganó un premio y publicó su primera novela *Champú* con la Universidad Autónoma de Nuevo León. En 2019, publicó su segundo libro *Ecografías* en la editorial Cuadrivio.

la quiere, mamá es despreciable. Tiene arrugas en la cara y quemaduras de cigarros en los brazos, no hace nada, más que estar sola en su cuarto y dormir.

—Van a ver, huercos. Está castigada la televisión toda la semana.

Nos dijo antes de abrir la puerta de la casa. Ya adentro escondió el control, desconectó los cables y se encerró en su cuarto. Miguel y yo le picamos al botón rojo para encender la pantalla pero no prendió. Tratamos de enchufar los cables a la pared, después al televisor; pero nada funcionaba y no quisimos seguirlos mezclando porque si lo hacíamos mal uno de los dos podía terminar electrocutado y luego, ni cómo explicarle a mamá lo que había ocurrido y ahora sí vendría lo peor, terminaríamos castigados todo el mes.

Sin nada más qué hacer nos tiramos a la alfombra a ver el techo, observamos las aspas del abanico dar vueltas; hace un mes que la casa se había vuelto silenciosa. Ya no se oían los maullidos de nuestro gato, ni la lavadora, ni los gritos de mamá. Solo el rechinado del abanico, Miguel, yo y el viento golpeando contra la puerta de madera que no lo dejaba entrar.

Si yo fuera el viento, me quedaría afuera o más bien me metería a otra casa donde el refrigerador resonara, donde las puertas dieran golpes y, sobre todo, me metería a una casa donde funcionara la televisión. Porque aquí, el silencio nos tiene amenazados a cada mueble, migaja, y pedazo de polvo. Ya ni las manecillas del reloj se atreven a girar. Papá dice que las cosas están descompuestas y que él las va a arreglar pero desde que mamá le cambió la chapa a la puerta papá no ha vuelto a pisar la casa. Miguel dice que es mi culpa, que yo invité al silencio, porque soy muy callada y cuando me preguntan cosas en la escuela nunca contesto. Pero yo siento que es culpa de mamá. Ella fue la primera en convivir con el silencio. Ella lo dejó entrar.

Y es que un día, el silencio entró a la casa y expulsó al viento para que dejara de mover las cosas, y así, dejaran de hacer ruido. Le pidió a los resortes de la cama que se callaran y obedecieron; le pidió a la ventana que se cerrara para que no entrara el aire y se cerró; le cortó a la radio los cables para que ni siquiera se escuchara la estática blanca de

cuando no hay señal. Ni Miguel ni yo sabemos qué fue exactamente lo que hablaron mi mamá y el silencio pero lo cierto es que desde que entró ella también dejó de hablar. Si nos quería regañar lo hacía afuera de la casa, tal como lo hizo en la tienda de las velas.

Pero por supuesto que el silencio no se conformó con el cuarto de mamá. Esa misma semana, también invadió nuestro cuarto. Les dijo a las camas que no rechinaran y obedecieron, a las muñecas de hilo les quitó la voz, hasta los cajones se volvieron mudos. Y aunque Miguel y yo los cerrábamos con todas nuestras fuerzas ya no se escuchaba nada, ni el retumbar. Cuando salimos a usar el baño, este también se había silenciado; desde entonces no le hemos podido jalar al escusado. La popó se ha acumulado y ha apestado no solo nuestro cuarto y el de mamá, sino también la sala de televisión en la que estábamos tirados.

Seguimos viendo las aspas del abanico girar hasta que alguien tocó la puerta. Corrimos a abrirla. Miguel pensó que era papá pero yo ya sabía que era Joel, el novio de mamá, con bolsas de súper en las manos. Miguel se le quedó viendo con cara de odio, yo me puse nerviosa. Le sonreí mirando al piso. Nos entregó las dos bolsas y se dirigió al cuarto de mi madre.

Yo me fui a sentar al sillón esperando que Joel volviera a bajar. Miguel sacó la caja del cereal e intentó abrir la caja con todas sus fuerzas, pero al abrirla, los cereales explotaron por todo el piso. Nos volteamos a ver, le quise gritar que era un idiota, que cómo se le ocurría abrir la bolsa de esa manera, solo a un niño le sale mal, pero no me salió la voz para reprochárselo. Y a él tampoco le salió la voz para defenderse. Ni modo, el silencio nos había habitado y no nos quedó de otra más que esconder los cereales debajo del sillón para que mamá no se diera cuenta. Joel salió del cuarto de mi madre. Miguel se escondió detrás de mí. Yo me acomodé el cabello para verme bonita.

—Ya me dijo su madre lo que hicieron.

Me indicó con la mano que me sentara en el sofá. Él sacó de su chaqueta una cámara vieja que mamá le dio para que la arreglara pero nunca se la regresó. Se me acercó para acariciarme la mejilla. Sentí que unas hormigas me mordían los pies, me quedé tiesa, tenía ganas de abrazarlo

PRISCILA PALOMARES

pero no sabía cómo moverme. Él me dio un beso en la nuca y me dijo que no me preocupara, que a cualquiera se le quiebran las velas; que me acostara en el sofá.

Miguel volteó a ver la puerta como esperando que llegara papá. Sin querer pisó uno de los cereales pero el pedazo de azúcar no se atrevió a hacer ruido porque Joel acababa de cerrar la ventana. Aunque yo traté de abrirla, él me detuvo y me apretó los hombros. Me devolvió al sillón donde me pidió que me quitara la blusa; donde me puso en la mano una vela como la que rompí; donde me recostó para que sintiera, de adentro hacia afuera, cómo me carcomía el silencio.